

**LUIS DE GRANADA (FRAY).** Granada, 1504-Lisboa, 1588. Teólogo, predicador, biógrafo, maestro de retórica.

Hijo de un emigrante gallego, Luis Sarriá -luego Luis de Granada- nace en la calle Corral del Paso en el barrio granadino del Realejo. La muerte del padre, cuando Luis de Granada tiene apenas cinco años, deja a la familia al borde de la indigencia. La madre trabaja como lavandera de los dominicos. Poco después, entra a servir como paje de los hijos del segundo conde de Tendilla, Don Íñigo López de Mendoza y Quiñones, lo que le permite iniciarse en los estudios junto a éstos. En 1525 profesa como dominico en el Convento de Santa Cruz, fundado por Isabel la Católica en 1501. En 1529 se incorpora al Colegio de San Gregorio en Valladolid. Allí conoce a Bartolomé Carranza y a Melchor Cano. Regresa a Granada donde en pocos años comienza a destacar por la calidad retórica de sus sermones. En 1535 es enviado al Convento de Escalaceli en los montes cercanos a Córdoba. En Córdoba traba amistad con Juan de Ávila. La influencia de Juan de Ávila, de quien llegará a publicar una biografía en 1588, será decisiva en su vida y en su escritura. En 1551 se traslada a Évora en Portugal donde obtiene una rápida popularidad como predicador. En 1554 publica en Salamanca el *Libro de la oración y meditación*.

En 1557 es elegido Provincial de la Orden en Portugal. Un año antes se publica en Lisboa la primera parte de la *Guía de pecadores*. Al año siguiente se edita el segundo volumen. En 1558, el inquisidor Fernando de Valdés nombra una comisión, en la que está Melchor Cano, para que censure los libros de Fray Luis. Éste, sabedor de que su *Guía de pecadores* y su *Libro de oración* podían ser prohibidos, viaja a Valladolid para mediar en el asunto. Pero el Índice de libros prohibidos de 1559 no sólo incluye estas dos obras, sino también sus *Ejercicios espirituales*. La enemistad de Melchor Cano, que llegó a tildar al *Libro de la oración y meditación* de “contemplación para mujeres de carpinteros” ponía de relieve el drástico cambio que la espiritualidad española había de sufrir en la segunda mitad del siglo XVI, cuando ésta se pone al servicio de los intereses políticos de Felipe II. Con unas influencias franciscanas más propias de las primeras décadas del siglo, Fray Luis resultaba un personaje atípico en una orden como la de los dominicos. Ésta se caracterizaba desde siglos atrás por una rígida actitud intelectual y una sólida formación escolástica. Los teólogos dominicos del siglo XVI, como Melchor Cano y Francisco de Vitoria, siguieron esta tradición. Esto implicaba desconfianza, cuando no hostilidad, hacia la mística y la oración mental. Por otra parte, los dominicos sostenían el uso exclusivo del latín en su escritura a diferencia del uso del romance que ya se iba imponiendo entre agustinos, carmelitas y franciscanos. De este modo, el estilo luisiano, la orientación popular y práctica que daba a la predicación, el uso del castellano en muchas de sus obras habían de chocar inevitablemente con la línea más dura de los dominicos representada por Melchor Cano. No obstante, en 1563, por mediación de propio rey de Portugal, la *Guía* es aprobada y recomendada en Trento por su alta calidad espiritual. En este momento, Fray Luis no se limita a reeditarla sino que la reelabora por completo. En 1567 publica la *Guía de pecadores* definitiva. En el primer libro de esta obra, Fray Luis recorre los argumentos que desde los Padres de la Iglesia han constituido las teologías afirmativa y negativa. La atención a lo pequeño, la influencia ciceroniana y aristotélica, los ecos estoicos, la habilidad para intercalar narraciones breves de carácter moral hacen de este Libro I un ejemplo excelente de la prosa luisiana. Pero acaso sea el Libro II el que, en su descripción de los vicios y virtudes, muestra al Fray Luis más agudo y penetrante. El texto se convierte casi en un *arte de prudencia* cristiana: “La virtud y la verdad huyen siempre de los extremos (...). Por donde ni todo lo condenes, ni todo lo justifiques; ni todo lo niegues, ni todo lo

concedas; ni todo lo creas, ni todo lo dejes de creer”. En contraste con esta vertiente realista, el dominico no desdeña, en otras ocasiones, desplazarse al terreno de la abstracción y desplegar la vieja fórmula cristiana de la *psicomaquia*, en la representación del duelo entre virtudes y vicios. El tono sentencioso, la cultura libresca, la enorme capacidad de observación, el dominio de todas las posibilidades de la retórica producen pasajes espléndidos a medio camino entre la gravedad y la ironía.

Durante estos años, aumenta el prestigio de Fray Luis en Portugal: es nombrado confesor de la reina Catalina, esposa de Juan III; se le ofrece el obispado de Braga, dignidad que rechaza; publica diversas obras y traducciones y, en 1564, es nombrado “maestro de teología”, concesión insólita a un predicador que nunca había impartido clases en la Universidad. En 1576 publica *Ecclesiasticae Rhetoricae sive De ratione concionandi, Libri VI*, la *Retórica eclesiástica*, sin duda la mejor obra de su género en esta época. En este tratado, Fray Luis se centra en la predicación como actividad oratoria por excelencia. Frente a la práctica escolástica del sermón, que remitía, ya desde su significación, al intercambio conversacional, en el siglo XVI se había impuesto una teoría conciniatoria de la predicación, con una vocación más claramente retórica. Esta teoría defendía una retórica asertiva, basada en el uso de las pasiones y las emociones con el objeto de lograr la persuasión de los fieles. Mediante la técnica retórica en manos del predicador, los valores cristianos se convierten en hechos incontestables, de tal modo que el sistema defendido ha de resultar indiscutible al fundarse, de este modo, en la naturaleza del mundo o del hombre. Pero ésta no es la única novedad de la teoría retórica del siglo XVI que Fray Luis recoge en su obra. Ya en este mismo siglo, Petrus Ramus había defendido la escisión de la *inventio* y la *dispositio* de las partes de la retórica clásica a favor de su inclusión en la dialéctica. Esta teoría sería seguida por el Brocense y contestada por Vives. Fray Luis, bien por compartir estas ideas, bien por ocuparse principalmente de la predicación, centra su retórica en la *elocutio* y en la *pronunciatio*. Mazzocchi, en su antología de textos luisianos, señala como fuentes de la retórica de Luis de Granada a Cicerón, Quintiliano y Ramus, junto a la retórica griega postaristotélica atenta, sobre todo, al hecho literario del discurso y a la presentación eficaz de las cosas, buscando más la conmoción que la persuasión del auditorio. Esto es lógico si se tiene en cuenta que se trata de la composición de discursos dirigidos a unos fieles que comparten el mismo sistema de valores y creencias que el predicador, que no necesitan, en consecuencia, ser convencidos en el sentido estricto del término, aunque quizá sí, ser conmovidos. Mazzocchi apunta los rasgos principales del sermón luisiano: el uso de la lengua romance, el empleo de recursos retóricos como la anáfora, el ejemplo, la interrogación, o la sentencia, y, entre otros, la fusión de elementos cultos y populares siempre bajo la exigencia de claridad. La obra fue traducida al castellano en el siglo XVIII.

En 1579, aparece en Salamanca la recopilación de sus obras. En 1583 publica en esta misma ciudad la *Introducción del símbolo de la Fe* en cuatro volúmenes, su obra maestra. El *Símbolo* tiene por objeto la defensa de los principios católicos de la Contrarreforma desde la conciencia de estar viviendo en unos tiempos de crisis religiosa. Es, en todo caso, una defensa positiva, que tiende más a la afirmación ideológica que a la polémica. Así, Fray Luis se dedica a explicar el Credo desde la ortodoxia más firme y cubre con el silencio la posición de aquellos que sustentaban argumentos contrarios a la doctrina católica. “Símbolo” se entiende aquí como señal diferenciadora de la militancia en Cristo. Esta enseñanza fundamental descansa en el Credo. Éste, a su vez, se sostiene sobre dos polos: la creación del mundo y la Redención. La creación, “el libro de las criaturas” demuestra la existencia de Dios y acerca al hombre a las perfecciones divinas. En este sentido, el *Símbolo* es una

enciclopedia universal cristiana que parte de los hexamerones de Basilio y Ambrosio. La primera parte, conforme a los presupuestos de la teología afirmativa, se extiende sobre la belleza de las cosas creadas, como medio para elevarnos al conocimiento y contemplación de Dios. Ésta es la parte más conocida del libro y la que ha dado a su autor fama como escritor de la naturaleza. En la segunda parte se detiene en cantar las bondades de la fe, el fundamento de la doctrina cristiana, la historia de algunos mártires, etc. En la tercera, el dominico explica de forma divulgativa el misterio de la Redención, las figuras alegóricas de Cristo en el Antiguo Testamento y la explicación de los profetas. En la cuarta parte, vuelve sobre esta cuestión desde una mayor profundidad doctrinal. En el *Símbolo*, Fray Luis parte de una concepción teleológica de la naturaleza. La belleza del mundo refleja la belleza de Dios y ayuda a su contemplación, además de reconocer en ella un sentido moralizador en tanto que modelo de virtud para el hombre. Los temas del mar y la noche revelan especialmente la habilidad descriptiva del autor. Pero, también, junto con la recreación de la grandiosidad cósmica y oceánica, el dominico sabe detenerse en los aspectos más nimios de la naturaleza: los insectos, las flores, los animales domésticos, desde una escritura afectiva, atenta tanto al detalle individualizador como a la marca de género. Fray Luis –afirma Mazzocchi– no es un teólogo innovador pero sí está atento a las novedades teológicas del momento, con un objetivo claro: la creación de un camino espiritual bueno para todos con un proyecto pedagógico propio, bajo el concepto clave de “salvación”, a la que, desde el optimismo luisiano, el hombre está destinado.

En 1587, Fray Luis participa en el examen de una serie de experiencias místicas que dice haber vivido Sor María de la Visitación, priora de la Anunciada de Lisboa. La monja se había hecho célebre en Europa con sus revelaciones, raptos, estigmas y levitaciones. Fray Luis cree estas experiencias extraordinarias de carácter milagroso e incluso llega a publicar una “Historia de la admirable vida de Sor María de la Visitación”. Sin embargo, poco después se descubrió que se trataba de un fraude y la monja fue encarcelada. El caso se difundió por toda Europa; incluso Mira de Amescua lo llegó a dramatizar en su *Comedia famosa de la vida y muerte de la monja de Portugal*. El prestigio que Fray Luis había acumulado a lo largo de tantos años se vio seriamente afectado. El granadino reconoció su error. Ya en su lecho de muerte, escribió uno de sus sermones más conocidos “De las caídas públicas” en alusión a este episodio de su vida. En diciembre de 1588 muere a los 84 años de edad. Fue enterrado en el convento de Santo Domingo de Lisboa.

La prosa de Fray Luis de Granada tiene una dimensión oratoria de estirpe ciceroniana moderada, llena de ritmo y color, abundante en las descripciones de un sorprendente realismo y un delicado sentido poético, sin que por ello prescinda del rigor conceptual aristotélico propio de la orden. Su lengua es sencilla pero no vulgar, romance siempre que no se trate de obras referidas estrictamente a religiosos.

Tradicionalmente Fray Luis ha sido considerado un asceta, desde esa perspectiva clasificatoria que prima la mística experiencial propia de los carmelitas sobre la mística doctrinal, y la vía negativa sanjuanista sobre la vía afirmativa. Pero el sentimiento de la naturaleza, el descubrimiento de la presencia de Dios y del orden divino en el movimiento de la naturaleza hacen de Fray Luis de Granada un hombre dotado de una innegable dimensión mística en un sentido más amplio del término. Fray Luis es un místico de la luz, un hombre confiado en la bondad divina y en las posibilidades humanas de alcanzarla. El Dios de Fray Luis, al contrario del Amado sanjuanista, no es esquivo; el contemplativo no debe atravesar noches de sequedad infinita para alcanzarlo. Las palabras del dominico revelan esta dimensión espiritual de sus escritos: “Contribuir a formar un perfecto cristiano, llevándolo por todos sus grados, desde el

principio de la conversión hasta el fin de la perfección de la caridad, que es el amor de Dios, la unión del hombre con Dios, la cual se hace por imitación y semejanza con el mismo Dios, que es lo mismo que llegar a hacernos un mismo espíritu con Él”.

La obra de Fray Luis de Granada gozó de una gran acogida en su tiempo. A las innumerables ediciones en español y portugués, hay que sumar las traducciones que, durante los siglos XVI y XVII, extendieron sus escritos por toda Europa. Así, por ejemplo, a lo largo de estos dos siglos, *La Guía de pecadores* fue traducida al italiano, al latín, al polaco, al griego y al francés; el *Libro de la oración y meditación* se tradujo al latín y al italiano; El *Memorial de la vida cristiana* se tradujo al alemán, al italiano y al francés; *La Introducción del Símbolo de la Fe* fue vertida al italiano, latín e incluso al japonés. Su presencia en Inglaterra también es notable. Posteriormente, el siglo XVIII valoró la limpieza y precisión de su prosa frente a los excesos barrocos. Ésta es la consideración que más extendidamente ha perdurado, la del prosista de altura, en detrimento, tal vez, de la dimensión espiritual de su escritura.

OBRAS DE: *Obras de Fray Luis de Granada*, prólogo y vida de José Joaquín de Mora, 3 vols., Madrid, BAE, Atlas, 1944, 1945, y Madrid, Rivadeneyra, 1949; *Guía de pecadores*, edición de José María Balcells, Barcelona, Planeta, 1986; *Introducción al símbolo de la fe*, edición de José María Balcells, Madrid, Cátedra, 1989; *Obras completas*, edición de Álvaro Huerga y otros, Madrid, FUE, desde 1994; *Guía de maravillas*, 2 vols., edición, introducción y notas de Giuseppe Mazzocchi, Sevilla, Fundación Lara, 2006.

BIBL.: A. DEL CAMPO y A. GARCÍA DEL MORAL (cols.), Fray Luis de Granada, su obra y su tiempo. Actas del Congreso Internacional, Granada 27-30 septiembre, 1988, 2 vols., Universidad de Granada, 1993; A. HUERGA, *Fray Luis de Granada, una vida al servicio de la Iglesia*, Madrid, B.A.C., 1988; M. LÓPEZ MUÑOZ, *Fray Luis de Granada y la retórica*, Universidad de Almería, 2000.

J. V. Z.